

EL VIAJE Y SUS RELATOS

Una aproximación a la construcción de la imagen de la ciudad histórica

Miguel Ángel Chaves Martín

Profesor Titular de Arte Contemporáneo

Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II.
Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid. Avenida Complutense s/n 28040, Madrid (España) - Email: miguelchaves@ccinf.ucm.es

Resumen

Los libros y crónicas de viaje se han convertido en una de las fuentes documentales imprescindibles para los estudios históricos en su más amplio espectro, tanto en lo que afecta al patrimonio monumental, las obras de arte, la historia de las mentalidades, las transformaciones económicas, los procesos sociales o los estudios urbanos entre otros campos. A la inagotable aportación de datos que ofrecen se suma además la presencia, frecuente, de láminas, grabados, ilustraciones y fotografías que, completando la información textual, convierten esos relatos en inestimables e irremplazables recursos para la investigación en historia urbana, siempre desde la mirada contemporánea de quienes lo vieron y dejaron testimonio de ello en cada momento. Y no sólo la cantidad de información, sino también la diversidad de las fuentes, de sus autores, lejos de la estricta y

Palabras clave

Imagen, ciudad, relato, viaje, Segovia, arte, arquitectura, paisaje urbano

Key Words

Image, city, story, travel, Segovia, art, architecture, urban landscape

Abstract

The books and travel stories have become one of the essential documentary sources for historical studies in the broadest spectrum, both affecting the monuments, works of art, history of mentalities, the economic, social processes or urban studies from other fields. The inexhaustible supply of data that offer further adds presence, frequently, plates, engravings, illustrations and photographs, completing the textual information, these stories become invaluable and irreplaceable resource for research in urban history, always from the perspective contemporary and left those who saw evidence of this at all times. And not only the amount of information, but also the diversity of sources, its authors, far from the strict and often confusing, complex and distorted official documentation, offer an original look, alternative, often unusual and always enriching for increasingly frequent relational studies of art, architecture and communication in the process of building the image of the city.

con frecuencia confusa, compleja y tergiversada documentación oficial, ofrecen una mirada original, alternativa, con frecuencia insólita y siempre enriquecedora para los cada vez más frecuentes estudios relacionales entre arte, arquitectura y comunicación en el proceso de construcción de la imagen de la ciudad. Con el fin de poder aplicar los planteamientos genéricos a un caso práctico, relevante como proceso urbano pero poco estudiado aún desde esta perspectiva, hemos vertebrado el desarrollo de los relatos a partir de la imagen que los mismos han ido plasmando de la ciudad de Segovia.

In order to apply the generic approaches to a practical, relevant as urban process but still little studied from this perspective, we made structure development of the stories from the image that they have been embodied in the city of Segovia.

Introducción

El presente trabajo se centra en el estudio de los libros y crónicas de viaje como elemento fundamental para el análisis de los procesos de construcción de la imagen de la ciudad, recurriendo a los relatos en las sucesivas descripciones de la ciudad de Segovia que han hecho los principales viajeros

que la visitaron y dejaron plasmada su crónica desde la configuración de la ciudad medieval, tras el proceso de reconquista y repoblación de la cuenca sur del Duero, hasta los albores del siglo XX, en que se constituye ya un nuevo modelo de ciudad sobre la base de la ciudad histórica.

Objetivos

Establecer un corpus documental de textos extractados de los libros y crónicas de viaje para su aplicación al análisis de la imagen urbana como proceso histórico.

Destacar la importancia de estos relatos como fuentes de información básica para el conocimiento de la ciudad en todos sus ámbitos.

Aplicar las metodologías de análisis a un caso concreto como es el de la ciudad de Segovia.

Incentivar la valoración de una mirada que atienda a los aspectos relacionales entre los relatos y la configuración urbanística de la ciudad y sus elementos patrimoniales.

Metodología

El estudio se plantea desde una visión diacrónica del relato, utilizando los textos como eje vertebrador de los análisis sociales, urbanos, artísticos y patrimoniales que van caracterizando cada una de las etapas definidas, desde la configuración de la ciudad en los siglos altomedievales hasta su forma definitiva en los albores del mundo moderno y sus posteriores transformaciones.

El método iconográfico/iconológico se utiliza también como herramienta relacional entre imagen literaria e imagen plástica, a partir de la presencia de grabados, ilustraciones, pinturas y fotografías que, independientes o vinculados al texto, se complementan y

permiten una aproximación más fiel a la imagen real que se toma siempre como referente.

Su aplicación a un caso concreto como es el de la ciudad de Segovia se hace desde el interés por desarrollar aspectos aún no investigados en los estudios locales, la necesidad de contemplar otros factores no siempre tenidos en cuenta en los estudios de imagen urbana, y la posibilidad de verificar de forma práctica los principales planteamientos de una línea de investigación que ya cuenta con importantes aportaciones tanto de carácter general como específico en el ámbito objeto de estudio.

1. Los viajeros y sus crónicas: retratos de la sociedad contemporánea

Los libros y crónicas de viajeros que desde las epopeyas de la Antigüedad se han venido sucediendo a lo largo de los siglos hasta nuestros días, constituyen una fuente documental de excepcional interés para el estudio de la Historia en todas sus dimensiones, y concretamente en el caso que nos ocupa, para el conocimiento de la Ciudad como el lugar físico donde se

aglutinan, suceden y superponen todas las experiencias y realidades que, a lo largo del tiempo, han ido definiendo su espacio y configurando su imagen hasta hoy.

A la inagotable aportación de datos de carácter social, económico, político, religioso, artístico o urbano que ofrecen se suma además la presencia, frecuente, de láminas, grabados, ilus-

traciones y fotografías que, completando la información textual, convierten esos relatos en inestimables e irremplazables recursos para la investigación en historia urbana. Una historia, no lo olvidemos, que en manos de quienes hicieron esos relatos siempre fue contemporánea.

Centrados en el caso español, las impresiones de observadores venidos de fuera, ya sea de países extranjeros como de otras áreas geográficas españolas, pueden servir para esclarecer no pocos extremos de nuestro pasado. Más aún, incluso aquellos relatos donde la fantasía desbordada se haga presente, podrán servirnos como indicadores para comprender los puntos de partida que tuvieron ciertos conceptos en que se vino a enraizar el juicio que de España y sus gentes se fue formando, a través de los siglos, en la imaginación de otros pueblos y otros países.

De hecho, con esta inicial consideración no hacemos más que incidir en

las ya clásicas afirmaciones de José García Mercadal o de Hippolyte Taine cuando señalaban la importancia de las cartas y diarios extranjeros como elementos básicos para comprobar y completar, con pinturas independientes, los retratos que la sociedad contemporánea de un país ha trazado de sí misma.

En ese sentido, el propio Taine afirmaba:

Esos viajeros vinieron ordinariamente cargados de prejuicios que luego la realidad podría hacerles modificar o robustecer; pero es indudable que muchas veces los ojos extraños habrán acertado a ver cosas que los naturales no veían, porque también se miraban con prejuicios. De la comparación de unas y otras impresiones, las propias y las extrañas, de su contradicción o coincidencia, pudiera el hombre del presente y el del futuro descubrir algo de esa verdad que se escurre y hace inasequible¹.

2. Viajeros en Segovia: De la configuración de la ciudad medieval a la forma definitiva de la ciudad renacentista

A mediados del siglo XII el geógrafo árabe Abdalá al Idrisi decía que

Segovia no es una ciudad sino que está formada por muchas aldeas

cercanas unas a otras hasta tocarse sus edificios, y sus vecinos, numerosos y bien organizados, sirven todos en la caballería del Señor de Toledo; poseen grandes pastos y yeguas y se distinguen en la guerra como valientes, emprendedores y sufridosⁱⁱ.

Esta descripción de la ciudad delimita claramente los dos núcleos que la caracterizan, a la vez que su carácter guerrero que la marcó durante estos siglos medievales: la ciudad amurallada, en lo alto de la roca, a modo de acrópolis que, desde finales del siglo XI empieza a repoblarse, y los arrabales, barrios extramuros más poblados, diseminados en torno a los cauces de agua que surten a la población y sus empresas (molinos, batanes, huertas...) por medio del río Eresma, el arroyo Clamores y el propio Acueducto como arteria fundamental de agua potable para la ciudad.

La ciudad no ha surgido entonces de la nada. Arrastra ya una historia centenaria, que ha visto formarse sobre la roca asentamientos celtíbero, romano, visigodo y árabe. Pero ni los restos conservados ni los trazados descubiertos coinciden con la forma de la ciudad actual, que se configura precisamente a partir de entonces, durante los siglos del románico, caracterizando así la imagen de la ciudad medieval que se

ha mantenido casi hasta nuestros días. Serán escasos los relatos que durante estos primeros siglos medievales se sumen al de Al Idrisi. Tampoco abundaron antes, cuando Plinio o Estrabón apenas citaron en sus *Geografías* el nombre de Segovia. Menos aún ahora, que el viaje, tanto interior, entre regiones y provincias, como exterior, por parte de los extranjeros llegados a nuestras tierras, se apoya en dos motivos fundamentales: la peregrinación a Compostela y el avance de la Reconquista. En el primer caso, Segovia queda al margen por su situación en la Extremadura Castellana, al sur del denominado *Camino Francés*. En el segundo, convertidos en repobladores de las nuevas tierras reconquistadas, el viaje pierde sentido como relato en el que evocar recuerdos de una estancia pasajera.

Es durante el siglo XV cuando la ciudad alcanza su momento de esplendor que mantendrá hasta los años finales de la siguiente centuria. La corte de los Trastámara ha hecho de la ciudad su sede predilecta, y el Alcázar, antiguo castillo y castro romano, será objeto de profundas reformas por parte de Juan II y Enrique IV, a cuya iniciativa se debe también la construcción de los grandes monasterios de El Parral y San Antonio el Real, así como de su Palacio urbano en el barrio de San Martín. Los nobles, fuertemente asentados

económica y socialmente, rivalizan en poder no sólo con las armas y el dinero sino también con sus viviendas, cada vez más grandes, casonas torreadas construidas con buenos sillares de piedra que van diseminándose por la ciudad (Casas de los Aguilar, de la Hoz, Maldonado, Arias Dávila...). Es entonces también cuando el mudejarrismo tiene su mayor incidencia en la corte castellano-leonesa, y muy especialmente en la Segovia del rey Enrique IV, de cuyas costumbres exóticas ya se hacía eco la *Crónica* de Alfonso de Palencia (Palencia, 1975: 56) comentando cómo

cubría sus piernas con toscas polainas y sus pies con borceguíes..., desdeñó también toda pompa en el cabalgar y prefirió, a la usanza de la caballería árabe, la jineta propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos..., embrazó la adarga con más gusto que empuñó el cetro.

En esos años del gobierno del rey Enrique se produce el viaje por España de León de Rosmihal de Blatna (1465-1467), cuñado del rey Jorge de Bohemia, que con la intención de aprender nuestras costumbres y estudiar, sobre todo, la vida militar, nos dejará una curiosa, interesante y también sorprendente descripción de la ciudad. Por

entonces Segovia estaba ya definitivamente consolidada urbanísticamente hablando. Todo el espacio intramuros se surte de agua por medio del denominado “canal madre” que parte del Acueducto y discurre, entre tramos abiertos y soterrados, hasta el Alcázar, marcando dos zonas de carácter muy diferente. La vertiente meridional, por sus mejores condiciones climáticas, es más favorable al asentamiento humano y en poco tiempo queda colmatada por un caserío que se apiña en callejuelas estrechas de donde surgen los barrios de la Judería y la Morería, éste último hasta su traslado fuera de la muralla en el barrio de San Millán. La vertiente norte no se llega a poblar del todo, quedando un importante vacío al interior de la muralla que sirvió después para configurar la masa vegetal que aún hoy se conserva. La Plaza Mayor se localiza en el punto central de la ciudad fortificada, partiendo de ella los caminos que comunican con las puertas de la muralla hasta llegar a la denominada plazuela del Azoguejo, a los pies del Acueducto en su parte más monumental, convertido ya entonces en un centro de animado comercio y ajetreo diario, enlace entre el recinto amurallado y los arrabales densamente poblados que se han ido constituyendo en torno a los cursos de agua de los ríos Eresma y Clamores.

Frente a esa realidad, la imagen de Segovia que nos transmite Rosmithal se nos aparece distinta y sorprendente, al afirmar que

Segovia es una ciudad junto a un castillo, donde encontramos al rey de España (...) La ciudad está colocada en un valle que forman los montes, por lo que no es muy ancha; por un lado de la ciudad del alcázar se ven montes elevadísimos; por el otro no son tan altos, y en todos ellos hay tal abundancia de lagartos y alacranes que nunca habíamos visto tantos juntosⁱⁱⁱ.

Es evidente que Rosmithal entiende por castillo todo el recinto amurallado, a cuyos pies se extendía entonces una ciudad que no es otra que los aludidos arrabales, presididos por una insólita imagen del Acueducto que en nada se asemeja a la realidad:

El lugar en que está la ciudad es poco elevado y viene a ella un río por un puente de piedra tan elevado que no pueden pasar por él carros ni caballerías, sino solo gente a pie, porque la subida es muy empinada y la bajada muy rápida; nos refirieron que este puente, todo de sillera, lo había hecho el diablo en una sola noche, durante ella todos se sintieron sobrecogidos de un gran temor, sin saber de qué causa procedía, y al amanecer vieron aquel

puente, que nunca antes habían visto; esto sucedió antes que nosotros allí llegásemos.

Al margen de la fantasía con que describe el Acueducto, que pudiera hacer nos pensar incluso en un relato “de oídas” de alguien que nunca pisó esta tierra, Rosmithal detallará su estancia de tres jornadas en la ciudad centrándose en dos de sus edificios: el Monasterio de San Antonio el Real, donde se pudieron alojar hasta su entrada en el recinto amurallado, y el Alcázar, donde se encontraba el rey. Del primero destacará el retablo que se conserva en su iglesia, adornado de oro y plata, según sus propias palabras, y la hermosura del claustro con un jardín lleno de cipreses y otros árboles frutales. Del segundo, al que les llevarán al día siguiente, la elegancia del conjunto *adornado de oro, plata y de color celeste que llaman azul y con el suelo de alabastro*, entreteniéndose en describir algunas de sus estancias.

Mucho más ajustada a la realidad será la descripción que pocos años después realice el caballero Antonio de Laing, señor de Montigny, en su *Relación del primer viaje de Felipe el Hermoso a España* del año 1501^{iv}.

En su descripción se sorprende de la situación de la ciudad, sobre un monte entre montañas, con unos arrabales tan grandes que son en su conjunto más de

la mitad de la ciudad. Del Alcázar sólo dirá que se halla situado en uno de sus costados, flanqueado por profundos fosos, y junto a él la Catedral, “bastante bonita; en una de sus capillas yace un obispo en un sarcófago bastante rico, y un retablo bien esculpido con pequeñas estatuas”, terminando su relato con una alusión al milagro de la patrona de Segovia, la Virgen de la Fuencisla, y la consiguiente construcción de su ermita^v. Volverá, eso sí, a identificar el Acueducto con un puente “que el diablo, llamado Hércules, hizo en un día, sin cal y sin arena, de cuatrocientos pies de alto, largo de una legua francesa, y con dobles arcos, y corre por encima una fuente que surte de agua a toda la ciudad, cosa admirable y extraña de ver”.

El esplendor que había alcanzado la ciudad a lo largo del siglo XV llegará a su punto máximo en el XVI, coincidiendo además con el nuevo espíritu humanista y el Renacimiento artístico. Urbanísticamente ha-blando la nueva centuria supone para Segovia la culminación de su morfología urbana. Buena parte de las obras se concentran en la remodelación de la actual Plaza Mayor, con la construcción del ábside de la nueva catedral y el traslado de la Iglesia de San Miguel a un lateral de la plaza tras el incendio sufrido en 1532. La arquitectura civil ve también multiplicar su volumen con la construcción

de nuevos palacios y casas nobles que reflejan claramente el poder económico de sus propietarios vinculados a la elaboración de paños. Formas góticas y platerescas se suceden y complementan en fachadas, patios y estancias interiores. Sobre la ciudad medieval, vieja, estrecha y tortuosa, fue apareciendo tímidamente la ciudad renacentista, en un momento en el que la transformación urbanística se deja notar incluso en aspectos como el emorrillado para la pavimentación de calles, la limpieza y aseo urbano, y otras obras de infraestructura.

Precisamente entonces, en un momento en el que el Humanismo y los nuevos valores renacentistas imprimen más rigor y objetividad al relato, tiene lugar la visita a la ciudad del embajador veneciano Andrea Navagero (Navaggiere) en enero de 1527, procedente de El Espinar y antes de continuar viaje a Santa María de Nieva y Coca. Formado en la Universidad de Padua y empapado del humanismo y el clasicismo de la Italia del Cinquecento, Navagero nos dejará un interesante y erudito relato en el que, más que los asuntos políticos y cortesanos, que apenas cita, se dedicará a estudiar los monumentos, las costumbres y las noticias arqueológicas, centrándose en el caso de Segovia en su monumento máspreciado, el Acueducto, que frente a los viajeros anteriores analiza con

erudición y criterios científicos pese al desliz de ver tres niveles de arcos donde nunca hubo más de dos.

Segovia es buena ciudad y grande; tiene cinco mil vecinos y está situada en un monte, la ciudad murada en lo más alto, y abajo el arrabal, que no es menos que la ciudad misma, la cual es larga y estrecha; tiene buenas casas y mujeres hermosas, como suele haberlas en todas las ciudades de España en que hace frío, entre las cuales está Segovia, por estar junto a una montaña; tiene un castillo hermoso y fuerte con anchas cavas, pero no tiene cosa mejor ni más digna de verse que un antiguo acueducto que es bellissimo, no he visto ninguno que le semeje ni en Italia ni en parte alguna^{vi}.

Es también durante esta centuria cuando Segovia va a pasar de ser una rica ciudad productora de paños que vende en los mercados de Flandes y Florencia, con una industria pujante y su consiguiente reflejo social, artístico y arquitectónico, a una ciudad que camina hacia una crisis de la que cada vez será más difícil salir. Del boato y los fastos con que celebró la ciudad la boda de Felipe II con Ana de Austria en 1570^{vii}, o del auge constructivo que deparó a Segovia una nueva catedral, infinidad de palacios y un Ingenio de

la Moneda según trazas del mismo Juan de Herrera, se va a pasar, tras la peste de 1599, a una sociedad y a una ciudad en crisis progresiva que se extenderá a lo largo de los siglos del Barroco y la Ilustración llegando al controvertido siglo XIX.

La década final del siglo viene ilustrada por dos nuevas visitas a la ciudad. En 1592 Enrique Cock, arquero de su majestad, notario y escribano público, como reza en el colofón de su libro, acompañando a Felipe II en su viaje a las Cortes de Aragón, pasa por la ciudad y hace una breve descripción de ella remontando sus orígenes al mundo romano, y apenas enumerando la existencia de la catedral, en construcción, la alameda y el monasterio de El Parral, los conventos de Santa Cruz y San Antonio el Real, la Casa de la Moneda y el Alcázar. Sólo al Acueducto le dedicará un párrafo más amplio, considerándole de una antigüedad notable y una belleza excepcional (García Mercadal, 1952: 1412-1417). Dos años después, el cardenal Camilo Borghese publica su relación de viaje de Irún a Madrid considerando que en Segovia se debe quedar medio día para poder ver *el Molino de la Moneda, la Yglesia Mayor, y hazer paños*^{viii}.

El Barroco segoviano, poco estudiado todavía, es en general pobre, como no podía ser de otra manera en una ciudad

que ha perdido buena parte de su pujanza económica y comercial. Se construyen conventos, iglesias y también grandes caserones de pobre fábrica y destartado aspecto exterior. En contraposición, la decoración en yeso y los retablos servirán para enmascarar la mala calidad de los materiales, al menos en los interiores. Se trata, en definitiva, de una arquitectura austera, rayana en la pobreza, tanto por sus soluciones como por los materiales utilizados.

La impresión general de la ciudad es poco atractiva. Las nuevas obras no pueden competir en calidad y cantidad con los ejemplos del pasado, ya sea este lejano (Acueducto, Alcázar, Catedral) o reciente (Casa de la Moneda), sobre los que seguirán centrando sus miradas los nuevos viajeros. Por otro lado, las infraestructuras y reformas urbanas iniciadas en épocas de bonanza se han visto frenadas, y la situación de pobreza y deterioro se manifiesta así tanto en las calles, como en las gentes, el comercio y la actividad, o mejor dicho, la falta de actividad, artesanal y mercantil.

Será precisamente esta nueva situación de deterioro físico, económico y social que caracteriza la Segovia del siglo XVII uno de los aspectos en que más incidan los relatos de los nuevos viajeros que hasta aquí llegaron, como fue

el caso de Francisco Bertaut en 1659 y A. Jouvin en 1672.

Francisco Bertaut publicó su viaje a España en 1664, cinco años después de realizarlo como acompañante del mariscal Grammont cuando vino a pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV. Empieza su descripción con el declive de la ciudad, sorprendido del deterioro al que ha llegado en tan pocos años, pero evidente y generalizado en todo el país, para pasar luego a hablar del Acueducto y el Alcázar como los dos monumentos más importantes de la misma, afirmando incluso del segundo que sus interiores son más hermosos y ricos que los del Palacio de Madrid. Pondrá su atención también en el Ingenio de la Moneda que ya destacara décadas antes el cardenal Borghese, acabando con una breve pero expresiva frase sobre la catedral que todavía se encontraba en construcción^{ix}:

En otro tiempo esta ciudad, que parece bastante grande, era muy rica, tanto a causa de que los reyes de Castilla allí residían, como a causa del gran comercio de lanas y de hermosos paños que allí se hacían; pero al presente el tráfico ya no existe, y no se hacen más que muy pocos paños, de suerte que la ciudad está casi desierta y pobre. Una señal de su pobreza, del mal orden

de España y de la poca previsión de los españoles es que el día que llegué allí, a eso de las dos de la tarde, no había habido pan en toda la ciudad, y no se sorprendían de ello. Como el pueblo de España es perezoso, hay poco; y así son muchas las tierras que quedan en barbecho, y la mayor parte no piensan más que en vivir al día, carecen a menudo de pan y lo distribuyen, por orden del corregidor y del alcalde, a ciertas horas.

El viaje de Jouvin ofrece características muy similares al de Bertaut a la hora de describir la ciudad y sus monumentos. Publicado en París en 1672

en ocho volúmenes con el título *El viajero de Europa*, la descripción del *Viaje a España y Portugal* se incluye en el segundo tomo. De nuevo la aproximación a la imagen de la ciudad comienza por la visión de la roca y sus arrabales, sigue por el Acueducto, al que considera, después de los de Italia, *el más hermoso que he visto en Europa*, la Plaza Mayor, la Catedral, el Alcázar, la Casa de la Moneda, el Convento de San Vicente y el Monasterio del Parral, desde el que, tomando la Alameda y el camino de Arévalo, sale de la ciudad camino de Santa María la Real de Nieva y Coca.

3. La imagen de la ciudad en el siglo del Grand Tour

Durante el siglo XVIII el viaje y su posterior relato cobran un protagonismo extraordinario que irá incluso en aumento en la centuria posterior. Del “Grand Tour” que franceses y británicos emprendieron desde mediados del siglo XVII por las principales ciudades del clasicismo europeo para completar su formación, pasamos al que podemos definir como el “viaje ilustrado” en el que el rigor científico, el afán de conocimiento y el dominio de la razón priman por encima de cualquier otra justificación. Se amplían también los

itinerarios y las materias de estudio en busca de una información veraz y directa sobre monumentos, botánica, arqueología, economía o historia.

El reformismo ilustrado quiere siempre un mejor conocimiento de la realidad para tratar de mejorarla a partir de soluciones que se buscan tanto en los autores extranjeros como en la propia tradición hispana. El conocimiento de España se persigue a partir de los viajes que permiten una observación directa de la realidad, a partir de las grandes empresas eruditas que permi-

ten rescatar el patrimonio literario, documental y artístico del pasado, y a partir del estudio de la historia, que permite llegar hasta las raíces de los males del presente. Esa será la pretensión de extranjeros como Etienne de Sihouette, Joseph Townsend o Arthur Young, y de los españoles Jaime y Joaquín Villanueva, Isidoro Bosarte, José Vargas Ponce o Antonio Ponz, entre muchos otros. De hecho, el *Viaje de España* (1772-1794) de Antonio Ponz es el paradigma de este tipo de viajes porque, tal como indica en su título, el objetivo final apuntado no es otro que, más allá del inventario del patrimonio artístico, la consecución de una imagen del país que permita una reflexión sobre su estado presente y su porvenir.

Si paradigmática es la obra de Ponz, ejemplar será también la del citado Silhouette, con un magnífico prólogo donde deja claramente especificado el verdadero fin que deben perseguirse con estos viajes.

La mayor parte de los autores se pintan en sus obras; nadie se hace reconocer tan bien como un viajero en su relación, contando en ella todo lo que ha hecho, todo lo que ha dicho; y como las cosas por las que tiene un gusto dominante son aquellas que ha observado mejor, son también aquellas que mejor toca.

Los hay que viajan en sabios, llevan todas sus relaciones de inscripciones, no hablan más que de mármoles y medallas; otros se aplican a la etimología del nombre de las ciudades y a la investigación del tiempo de su fundación. Estas gentes viajan en geógrafos y sus relaciones parecen disertaciones. Los hay que tienen un gusto singular por las iglesias y por las reliquias; estos son los frailes viajeros que no son capaces de hablar de otras cosas. Sus relaciones se parecen bastante a los martirologios. Los alemanes tenían en otro tiempo una afección universal para los epítafios, y no se les escapaba ni uno solo. La mayor parte de los ingleses viajan por costumbre; aprovechan poco de sus viajes, porque son poco sociables: no tratan de frecuentar a los naturales del país; muchos de ellos se dan al vino y a la relajación, y su salud, alterada, les obliga a menudo a ir a hacer alguna residencia en Nápoles.

Un viajero no debe establecerse en ninguna parte; debe examinarlo todo, debe aplicarse a conocer en cada sitio la religión, las costumbres, la lengua, el clima; las producciones del país, el tráfico, las manufacturas, el gobierno, las fuerzas, las fortificaciones, los arsenales, los monumentos antiguos, las bibliote-

cas, los gabinetes de curiosidades, las obras de pintura, de escultura y de arquitectura, particularmente en Italia, donde estas tres últimas artes son llevadas al punto de perfección; en fin, debe tratar de encontrarse en las solemnidades anuales, e informarse, si le es posible, del carácter de los diferentes príncipes y del de las diferentes Cortes^x.

Silhouette viajó por España entre abril de 1729 y febrero de 1730, cuando apenas contaba con veinte años de edad, publicando su obra cuarenta años después en la imprenta parisina de Merlin. Su primera escala en Segovia fue La Granja, que por aquel entonces empezaba a convertirse en el Real Sitio de San Ildefonso, pasando luego a la capital para conocer, como la mayoría de sus predecesores, su obra más importante: el Acueducto. El nuevo aire ilustrado que empapa el siglo se atisba en sus palabras cuando analiza con rigor y método la obra romana, desmintiendo a aquellos que se han dedicado a fabular sobre su origen a favor de criterios científicos. Las conjeturas de esa naturaleza –afirmará– no merecen ser refutadas, y el autor que dice que no se puede probar por ninguna inscripción que haya sido construido por los romanos, no ha aportado ninguna para apoyar su sentir, que es extremadamente fabuloso. Lo he notado ya varias veces, es el defecto de los

historiadores españoles el llenar de fábulas los primeros siglos de su historia (García Mercadal, 1952, III, 286).

Un repaso somero a la ciudad, a la Casa de la Moneda y al Alcázar, completan una descripción que se cierra, entre la confusión y el rechazo estilístico propio de la época, con una fría apreciación hacia la catedral, que ve “de un gusto semigótico y semiárabe, bien construida, una de las más bellas de España, pero no se ve en ella nada singular”.

La Granja de San Ildefonso y Valsaín son el gran reclamo de la época, y así lo pusieron de manifiesto otros viajeros seguidores de Silhouette, como Luis de Rouvary, duque de Saint Simon (1772) y el clérigo italiano Norberto Caimo (1755), quien se acercará a Segovia *curioso de ver su famoso acueducto*, haciendo una de las descripciones más minuciosas del mismo y, con igual criterio que los anteriores, dedicar unas líneas al resto de monumentos, incluida la catedral, de la que “nada os diré sino que es muy grande y de una arquitectura ligera en el gusto gótico, pero con el defecto, común a todas las catedrales de España, de tener el coro en medio” (García Mercadal, 1952: 450). El interés por las obras de arte que encierran los edificios, y no ya sólo por la ciudad y su arquitectura, lo plasmará en sus co-

mentarios sobre los conventos de Capuchinos, La Merced y El Parral, cerrando sus impresiones de viaje con una interesante alusión a la producción de paños que todavía pervive en la ciudad:

He ido a ver la fábrica de paños teñidos en negro, que son los mejores que se fabrican en toda España e incluso en ningún sitio del mundo por la delicadeza y por el tinte, que no se debilita ni pasa jamás, aunque lavados, como lo he verificado por la experiencia que de ello he hecho. Nuestros prelados y nuestros cardenales, más delicados en la elección de las telas de que se visten, los emplean a menudo con preferencia. (García Mercadal, 1952: 452).

Un mayor número de errores y falta de exhaustividad lo encontraremos en el *Nuevo viaje a España* de Juan Francisco Peyron (1772), centrando su atención en las tallas escultóricas, pinturas y orfebrería que, en compañía de la mujer del corregidor, va visitando por los diferentes conventos segovianos. La catedral vuelve a ser reflejo del desinterés de los ilustrados por este estilo “bárbaro”, afirmando que *es antigua y de una forma gótica, pero elegante*, mientras que sus descripciones del alcázar y el acueducto oscilan

entre la anécdota y el error histórico que poco dicen en su favor.

El Acueducto y un reducido número de monumentos eran el gran reclamo para los numerosos viajeros que se acercaban a Segovia, mientras que el resto de la ciudad, su vida cotidiana, su economía, su actividad comercial, su quehacer diario, apenas tenía atractivo para cuantos llegaban con el ánimo o la necesidad de quedarse. Eso sucedía por ejemplo con los cadetes y profesores del Real Colegio de Artillería, uno de los pocos focos “ilustrados” con que contaba la ciudad. El cadete y después profesor del Colegio, Tomás de Morla, escribía en 1776 al Conde de Gazzola que “jamás he procurado salir de esta ciudad, aunque tan poco apreciable para vivir, por lo cara, mal temple y ninguna diversiones”; a lo que se suma el propio testimonio de Gazzola, quien al conocer la llegada a la ciudad del abate florentino Giannini escribía a su amigo el Marqués de Viviani en 1774:

Usted me dice que es recogido y misántropo (Giannini), y que no se dedica y no ama otra cosa que no sean sus estudios, y esto es muy conveniente, porque viniendo de aquel paraíso terrenal que es Florencia, no se habituará fácilmente a estar en Segovia. Yo, después de tantos años, todavía no me he acos-

tumbrado. Y que no sea mujeriego también es bueno, porque las mujeres de aquí no son como las florentinas, alegres, vivaces, llenas de brío y de pasión; son dominantes y muy peligrosas para un joven^{xi}.

La última reflexión dieciochesca tiene que ser, forzosamente, la del ya citado Antonio Ponz. Académico de Bellas Artes y viajero ilustrado, Ponz conoce una Segovia en franca decadencia. La posesión por parte de las todavía clases privilegiadas –nobleza y clero– de la mayor parte de las rentas y propiedades urbanas, unido a la fuerte crisis económica, demográfica e industrial, se convierten en factores esenciales para comprender el deterioro y la falta de incentivos que tanto a nivel urbanístico como arquitectónico ofrece la ciudad. Las iniciativas urbanísticas se limitan a puntuales intervenciones dentro de un caserío cada vez más arruinado y con un trazado urbano plenamente medieval, de calles estrechas y sin empedrar, y lo que es más grave aún, sin perspectivas de mejora. No resulta extraño, por tanto, que de una ciudad tan poco privilegiada los viajeros llegados a ella –y empiezan a ser muchos a partir de mediados de siglo– tuvieran una impresión bastante diferente a la de aquellos otros que, como Navagero, la visitaron en sus pasados momentos de esplendor. Así, dirá Ponz en 1787:

Amigo, ya conoce usted a Naugerio o Navagero de quien hemos hablado alguna otra vez. Dice en su “Viaje”, hablando de Segovia, que constaba de cinco mil vecinos; esto es, el año 1525, siendo embajador de Venecia cerca del Emperador Carlos V. Hoy apenas tiene dos mil, número desproporcionado a sus veinticinco parroquias, en cuyo número entra la de Zamarramala, pueblo vecino, que se reputa barrio de la ciudad, y una ayuda de parroquia. Parece también desproporcionado el número de veintiún conventos para tan corto vecindario, pues aunque Segovia tuviese seis tantos más de gente, como acaso la tuvo en algún tiempo, podría estar bien servida con el expresado número de iglesias.

La población, pues, de la actual Segovia se reputa algo menos que de diez mil personas. Su frondosidad, que podría extenderse a pedir de boca, está reducida a algunas huertas y arboledas en el valle por donde pasa el río Eresma y poco más, pues lo restante de su dilatada campiña es territorio pelado de árboles con destino a trigo, cebada, centeno y prados. Antes de entrar en la ciudad, caminando desde San Ildefonso, hay a mano izquierda un paraje frondoso de alameda, que llaman la Dehesa. El piso de las calles es de-

sigual; son torcidas y, por lo general, estrechas. Consta de cuatro arrabales en terreno más llano, donde hay fábricas, tintes, etcétera, de que hablaré. (Ponz, 1988: 332-333)

Ponz señala apenas dos mil vecinos, esto es, menos de diez mil habitantes para una ciudad que llegó a tener, según él mismo dice, cinco mil vecinos en el siglo XVI. Y se equivocaba realmente en muy poco, pues según el censo de 1787 la ciudad contaba con una población de 11.203 almas, mientras que en 1530, poco después de la visita de Navagero, la misma ascendía a 12.500, llegando a alcanzar, en 1586, la cifra de 19.500 habitantes.

El elevado número de parroquias y conventos causa también extrañeza en Ponz, a tenor del escaso vecindario que pudiera justificarlo. No será el único viajero que se haga eco de ello, pues cuantos pasaban por Segovia se asombraban del fuerte contraste que

ofrecía una ciudad en crisis, con un caserío pobre y ruinoso, sobre el que se alzaban las grandes masas arquitectónicas de iglesias y conventos con sus elevadas torres. Todo ello apiñado en una urbe que mantiene su red viaria medieval, de calles estrechas y tortuosas. Y si encima, como ya quedó dicho, hay que quedarse a vivir en ella, nos vuelven a salir al paso comentarios como los que el canónigo ilustrado, hijo de Ignacio de Luzán, escribe en 1789:

Yo, arrinconado en este triste país con un destino infeliz e ingrato, con una renta tan corta y de la cual me comen la mayor parte de los pobres y estafadores de que está llena la ciudad, gobernada por salvajes del Canadá (en la cual más de la mitad de los habitantes piden limosna), y sin la más mínima esperanza de lograr algún establecimiento acomodado a mi genio. (Martínez de Pisón, 1976: 200)

4. De los viajeros románticos a las evocaciones literarias de los primeros años del siglo XX

La España del siglo XIX se convertirá en uno de los lugares preferidos de los viajeros europeos, y Segovia en parada obligatoria para muchos de ellos. Los

nuevos aires románticos se sienten aquí a gusto, en un país donde parece plasmarse con particular fidelidad buena parte del ideario vital y estético

del Romanticismo. Debido a ello, la corriente de viajeros extranjeros que recorre España a lo largo de la primera mitad del siglo XIX es abundante. Tierra de mezclas explosivas, de costumbres singulares o chocantes, cuna de apasionados y fanáticos, el viajero romántico busca lugares propicios para ejercitar la fantasía, la sensibilidad y la pasión; y España es uno de esos lugares buscados. La España profunda era para los ojos románticos de los viajeros europeos una mina de experiencias fuertes, de contrastes violentos, de “pintoresquismo”, y sus descripciones, por consiguiente, no dejan de ser, sin duda, documentos históricos de indudable interés. Un interés que ha cambiado los valores ilustrados de la razón por el sueño de la misma que propugna el nuevo espíritu romántico.

Viajeros ingleses, franceses y alemanes se sintieron atraídos por los excéntricos imanes del tipismo español, fuente de inspiración para sus fabulosas novelas, para su teatro y también para sus pinturas. Ya no se entiende una crónica, un relato, un libro de viajes, sin una buena colección de grabados acompañándolo. La imagen literaria fundida con la imagen gráfica de manera indisoluble. España era tierra áspera pero rica en leyendas, donde los árabes habían levantado reinos de fantasía, donde los cabalistas judíos hicieron alta magia, donde el paganismo

religioso andaluz convivía con el austero luto medieval de los castellanos, y donde un sinfín de ruinas y monumentos atraía y sorprendía a un número cada vez mayor de viajeros.

España era una tierra atada a la tradición, y así la venían relatando un buen número de viajeros desde hacía décadas. Anclada en su pasado absolutista, plagada de sotanas y conventos, pero también de toreros y majas, de gitanos y bandoleros, con calderos rebosantes de garbanzos y berzas, junto al cochinitillo que asoma del horno y la ensalada que lo acompaña. Es la imagen que nos ha transmitido Alexandre Laborde, Teo-phile Gautier, Richard Ford, Borrow, Merimée, Isidoro Bosarte y tantos otros viajeros que también se acercaron a Segovia, una ciudad cada vez más deprimida, más pobre, más triste. No tenía bandoleros, majas o toreros, pocos calderos rebosantes y escasos asados, pero sí mantenía un elevado número de monumentos cada vez más arruinados y débiles que las desamortizaciones y la especulación se encargarán de derribar sin mayores contemplaciones. Curiosamente, la fortuna de ser una ciudad empobrecida, con sus arcas municipales vacías, será el mejor argumento contra la inminente desaparición de un patrimonio finalmente conservado pese a las intenciones de algunos y el beneplácito de muchos.

Isidoro Bosarte repite, en su visita a la ciudad en 1802, la misma imagen que reflejara Antonio Ponz a finales de la anterior centuria. Una Plaza Mayor de casas irregulares, desvencijadas y algunas amenazando ruina, o la Plaza del Azoguejo, a los pies del Acueducto, con las casas todavía adosadas a sus pilares en un proceso de continuo deterioro para el monumento, son quizá dos de las imágenes más elocuentes que nos deja el viajero.

Dos décadas después Sebastián Miñano y Bedoya recopila para su Diccionario Geográfico de España y Portugal una serie de datos que preludian el clásico Diccionario de Pascual Madoz editado a mediados de siglo. La ciudad, elevada sobre el cerro, con los ríos Eresma y Clamores bañándola a uno y otro lado, con sus puentes y los barrios extramuros que los caracterizan, era de clima frío y destemplado, con sus calles estrechas, tortuosas y desiguales. La catedral la resume con la frase: “es de estilo gótico, aunque descargado de muchos ornatos y menudencias”. Con más detalle hablará del Alcázar, pero no tanto de su fábrica, de la que dice ser un “suntuoso edificio de arquitectura árabe con foso, torreón de Juan II y varias torres circulares de diferentes diámetros, terminadas en cúpulas cónicas cubiertas de pizarra”, cuanto del Colegio de Artillería allí instalado, del que hace

un pormenorizado comentario (Miñano, 1827: 188). El interés vuelve a estar en el Acueducto:

Acaso el edificio más útil que dedicó la Antigüedad a las glorias de la arquitectura (...). No hay español ni extranjero, sea sabio, rústico, agricultor o artesano, que no se admire y asombre al contemplarlo; aquellos pilares tan elevados y tan robustos, aquellos arcos tan majestuosos y tan sencillos, aquellas piedras tan grandes y tan estrechamente unidas; aquel color cárdeno y sombrío, que está anunciando su ancianidad; su longitud que se aproxima a 3.000 pies; la abundancia de agua que entra en la ciudad por cima; todo esto, reunido a la grandeza de la obra, precisa a exclamar a cuantos le miran ¡qué ánimos tan heroicos tenían los hombres para emprender obras sublimes cuando le hicieron! (Miñano, 1827: 192)

La obra de Miñano, controvertida y cuestionada, obedece más al espíritu recopilatorio que al viajero, haciéndose eco de diferentes fuentes, no siempre fiables, y con frecuencia escribiendo por referencias y no tras la experiencia directa, lo que hace que relate episodios que no se corresponden con la realidad o que están muy libremente interpretados, como sucede incluso

con los datos de población y edificaciones que no se ajustan a los censos de la época. De ahí la escasa relevancia que tuvo el texto de Miñano, rápidamente eclipsado por el nuevo Diccionario de Pascual Madoz publicado entre 1849 y 1851.

Desde mediados del siglo XIX la ciudad empieza a experimentar una lenta y paulatina evolución tanto en su estructura urbanística como en su arquitectura; por un lado, las infraestructuras se introducen ya de manera sistemática en toda la ciudad; por otro, los nuevos criterios y gustos que la idea decimonónica de progreso entendía como necesarios para todas las ciudades se aplica ahora con mayor énfasis que en décadas precedentes. La introducción del ferrocarril y la organización de los trazados urbanos pensando precisamente en la nueva estación de tren, las desamortizaciones y sus consecuencias sobre el patrimonio artístico y monumental de la ciudad, los derribos, las alineaciones de calles, los revocos y esgrafiados de la mayor parte de las viejas fachadas de ladrillo y entramado de madera, son hitos fundamentales de este proceso de cambio y renovación.

De forma paralela, durante toda esta segunda mitad de siglo, al espíritu aventurero propio del Romanticismo se suma la búsqueda del saber, el afán

de conocimiento, la necesidad de aprender, la objetividad que, además, ya no proporciona solamente el relato, ni siquiera tampoco el grabado con el que muchos aún podían reinterpretar la realidad, sino que la fotografía ha hecho acto de presencia y se constituye en fiel acompañante y notario de la imagen y la memoria de la ciudad.

Lugar de transeúntes, eruditos y viajeros de todo tipo desde hacía siglos, el interés que despertaba la ciudad y algunas localidades de la provincia se verá incrementado, desde mediados del siglo XIX, por fotógrafos como Tenisson y Charles Clifford en la década de 1850, Laurent entre 1863 y 1871, Levy en 1888 o Hauser y Menet en la década de 1890; y ya en las dos primeras décadas del siglo XX con las imágenes de Alguacil, Ruth Matilda Anderson, Roisin, Almató, Henri Guerlin, Mas, Moreno, Otto Wunderlich, Kieschler, Alois Beer, Ortiz Echagüe, Vicente Lampérez, Elías Tormo, Leopoldo Torres Balbás, Manuel Gómez Moreno y los fotógrafos locales Tirso y Jesús Unturbe, o el padre Benito de Frutos^{xiii}.

A estos repertorios gráficos se suman las descripciones, los relatos, las crónicas, impregnadas cada vez más de un mayor rigor documental, científico, objetivo, pese a los evidentes errores que aún arrastra el desconocimiento de

algunos estilos y monumentos poco valorados entonces. Así, ya hemos podido comprobar cómo a comienzos de siglo Isidoro Bosarte englobaba todavía bajo la denominación “Gótico” las numerosas iglesias románicas calificadas por él como *vejstorios*. El contrapunto nos lo ofrece el rigor con que José María Avrial plasma la ciudad en su libro de apuntes tomados durante su estancia en Segovia entre 1837 y 1840, con una magnífica colección de grabados y dibujos que en más de una ocasión sirvieron de base para procesos de restauración como el llevado a cabo en el Alcázar tras su incendio en 1862. Pese a todo, los errores no desaparecen de un día para otro, y así, en 1844 José Amador de los Ríos seguirá situando la construcción de las iglesias románicas segovianas entre los últimos años del siglo X y los primeros del XI, afirmando que

los templos de Segovia en general guardan grandes puntos de contacto con los del arte asturiano... Levantados en el mismo período en que se erigían las iglesias asturianas, los monumentos segovianos presentan el arte de la Edad Media en una de sus fases más bellas e interesantes^{xiii}.

Las descripciones, las fotografías, los grabados, los viajeros en definitiva, se multiplican. Fusión de magníficos

grabados de la mano de Parcerisa y un bello texto de José María Quadrado, en 1865 el mallorquín nos deja quizá una de las más sugerentes y evocadoras imágenes de la ciudad:

Con tantos monasterios más o menos bien conservados en su mayor parte, con tantas bellas y veneradas parroquias, con tantas torres de iglesias y palacios signos de carácter tan religioso como guerrero, compone Segovia un precioso ramillete sujeto por la cinta de sus vestustas murallas, o entretejido entorno cual guirnalda, o tendido cual alfombra en su extenso arrabal. Su situación costanera, el aspecto de sus edificios y su colocación en anfiteatro, el semicírculo que aislándola describe a su alrededor el río, la asemejan a la sombría, a la majestuosa Toledo; mientras que su ribera por lo ameno, sus alamedas por lo frondoso, su horizonte por la nevada sierra en que derrama rosados y suaves tintes el sol poniente, recuerdan, al menos en verano, a la deliciosa Granada. A trechos melancólica, a trechos risueña, grave y apacible a un mismo tiempo, reúne la grandeza de sus vestigios y memorias con la quietud y sencillez de las poblaciones campestres. Su diligente historiador la contemplaba bajo su peculiar figura de galera, teniendo por proa el ángulo del al-

cázar a cuyo pie confluyen el Eresma y el Clamores, por mástil mayor la torre de su catedral escoltada de otras muchas que forman los árboles menores, por popa la vuelta comprendida entre las puertas de San Martín y de San Juan, y llevando de remolque el arrabal con más de tres mil casas y la celebrada puente. Pero un amigo nuestro que casi por patria la mira, prestándole vida y sentimiento, la concibe sentada cabe el acueducto y reclinando en el templo mayor su cabeza, indiferente a las glorias que pasan y atenta sólo a las que permanecen, digna en su infortunio, resignada con su pobreza, sin esperar ya nada de los reyes cuya mansión ha perdido, y sin prometerse ya otro monumento después de la suntuosa basílica que levantó con sus limosnas. (Quadrado, 1977: 487-488)^{xiv}

Cinco años después del texto de Quadrado llega a la ciudad el futuro general Luis de Santiago Aguirrebengoa para realizar los exámenes de ingreso en la Academia de Artillería. Alojado en la Fonda del Águila, en plena Plaza Mayor, en el lugar que después ocupó el también desaparecido Hotel Victoria, al pasar por la plaza camino de la fonda percibe todavía el silencio y el aspecto “tétrico” de una plaza descuidada, pobre, deteriorada, con pensiones como la que él ocupó “que por su

aspecto más parecía una mala posada de las que había leído la descripción en el Quijote poco tiempo atrás”, y otras aún más famosas como el denominado Mesón Grande, fotografiado por Laurent en 1868, criticado en todas las guías de viaje del momento, y descrito por alguno de sus ocupantes en 1849 como

una de las peores posadas, entre las muchísimas detestables de que abunda nuestra España. Mala habitación, pésima cena, infames camas, y luego tal abundancia de asquerosos huéspedes en ellas, que tuvimos que adoptar el partido de pasar la noche vestidos en una silla^{xv}.

El Mesón Grande se derribaría años después, dentro de un proyecto urbanístico que contemplaba la desaparición de la manzana completa, circunstancia que se produjo en 1917 levantándose en su lugar el actual Teatro Juan Bravo. La desaparición del caserío popular que caracterizaba esa zona de la Plaza Mayor reemplazado por el edificio proyectado por el arquitecto Cabello Doderó fue también objeto de críticas por parte del aludido general Santiago, en una imagen característica del estado de la ciudad por aquellos años, debatiéndose entre la modernidad y la tradición, la conservación y las reformas, la defensa del pasado y el

necesario cambio de imagen, con frecuencia mal entendido, que propugnaban los nuevos tiempos:

Las casuchas hoy derribadas por la implacable piqueta de las necesidades modernas o de caprichos concejiles y sustituidas con desdoro para el arte y la tradición por la fachada modernista y sin carácter de un teatro (...) La plaza arcaica y sentimental se ha convertido en burguesa y cursi; era cruzada en todas direcciones por una porción de gentes que discurrían o que lentamente paseaban al sol como buenos e inconscientes castellanos que, por sus indumentos, actitudes y semblantes, no se diferenciarían mucho de los que, cuatro centurias antes y a las mismas horas, hacían exactamente lo mismo. (Cantalejo, 1995: 265)

Al comenzar el nuevo siglo Segovia es una ciudad todavía anclada en el pasado, pobre, sin apenas recursos, cada vez más alejada de los grandes focos culturales, y en permanente debate entre un ideal de progreso mal entendido y asimilado, y un patrimonio monumental aún poco valorado. Es la ciudad deprimida y pobre de la que habla Pío Baroja en “Camino de perfección” (1902), la ciudad de mendigos y lisiados pidiendo limosna que retrata José Gutiérrez Solana en su “España Negra” (1920), la ciudad “po-

bre y pétrea que se alimenta de pan y patatas y que cena a oscuras”, como la describió Ramón Gómez de la Serna en “El Secreto del Acueducto” (1922). La Segovia, en definitiva, que

llega al siglo XX destartada y pobre, con ese carácter sugestivo de los monumentos, las ruinas, los desparramados arrabales, su alameda, y ese carácter sutil, propio de las ciudades con muro, de las villas encaramadas en un risco y aisladas del contorno, que son como grandes casas, hasta el punto de que cuando el forastero traspone su sitio y entra en ellas, siente que penetra en algo similar a la intimidad de una vivienda privada. Segovia y, más quizá los segovianos, eran a comienzos del siglo un personalísimo resumen de Castilla, empobrecido, pero lleno de facetas, de aspectos, de matices, de complejidad histórica, sobre los que —por una razón u otra— se fijarán hombres como Baroja, Solana, Azorín, Machado, Gómez de la Serna, Ortega, Unamuno... No hay quien no mencione el arcaísmo, la decrepitud, el silencio, la soledad, el aislamiento, el despoblamiento, la nostalgia del pasado y la carencia de futuro, la fosilización del conjunto urbano como un órgano monumental de gran cohesión, pero también la gran vitalidad interna, la

personalidad de esta debilitada ciudad. (Martínez de Pisón, 1976: 361)

La vieja ciudad, pese a los cambios producidos, seguía ofreciendo un estado bastante deficiente. La mayoría de las edificaciones conservaban el desartado aspecto que siempre habían presentado, agravado aún más con el paso del tiempo. Las calles y el estado de las infraestructuras permitían todavía la localización de numerosos focos insanos, faltos de la salubridad e higiene por las que tanto se había justificado la necesidad de transformación urbana. Y es ahora, durante las décadas del siglo XX, cuando todo esto puede ir concretándose de forma práctica, cuando ya no sólo se proyecta sino que a continuación se puede proceder a su ejecución, a diferencia de lo que casi siempre había ocurrido. Es la imagen de la nueva ciudad que quiere ser moderna, que le costará salir de la crisis y que también querrá, cada vez

más, recuperar su memoria y su patrimonio, con frecuencia olvidados, y que el propio Ortega en su nueva visión del paisaje definirá como “metáforas de su propia dimensión histórica”. Una ciudad, como todas las demás, que va viendo cada vez menos viajeros pausados, con su cuaderno de notas o su cámara al hombro y la previsión de permanecer unos días en ella percibiendo y viviendo el paisaje urbano. Una ciudad donde el relato cambia por la información básica de una escueta y bien ilustrada guía de viajes, donde las dificultades del viaje y su relato sereno se van reemplazando por el turismo de masas y los grupos de autómatas que miran la ciudad a través de la pantalla de sus cámaras de fotos, en un proceso de construcción de la imagen urbana distinto ya a lo que ha sido la construcción de la ciudad histórica.

Conclusiones

Los libros y crónicas de viaje constituyen hoy día una fuente documental de especial importancia en la construcción de la imagen de la ciudad. Tanto los relatos en sí mismos, como las cada vez más frecuentes láminas, ilustraciones, grabados o fotografías que los acompañan se han convertido en un recurso irremplazable para los estudios

de historia urbana. Narrar la ciudad, imaginarla, recrearla, representarla, se configuran en una realidad que corre paralela al hecho mismo de la creación de los espacios urbanos en los que el individuo se asienta, como autoafirmación, como referente necesario de lo que ha creado.

Describimos nuestro entorno, lo representamos, percibimos y recreamos, estableciendo nuevos mensajes y significados. La ciudad y sus representaciones se producen mutuamente. En este sentido, no hay ciudad sin representaciones de ella, sin relatos, y las representaciones no solo decodifican el texto urbano en conocimiento social, sino que inciden en el propio sentido de la transformación material de la ciudad (Gorelik, 2004).

Las ciudades no son sólo espacios físicos perceptibles, puramente materiales, en los que se concentran viviendas y parques, calles y señales, las ciudades se configuran también como imágenes; pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan, pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y la televisión. La ciudad se vuelve den-

sa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas (García Canclini, 1997).

Utilizar los relatos de los viajeros supone, en consecuencia, abrir la mirada a otras culturas, a otras épocas y realidades, a otras miradas distintas siempre, sensibles y agudas en su mayoría, alternativas a la mirada oficial, interior, a lo que el ciudadano ve de sí mismo, sin poder ver más allá. La frescura de los relatos, la distancia e imparcialidad con que muchas veces lo presentan, la proximidad e implicación que en ocasiones les caracterizan, permiten desplegar toda una serie de elementos de análisis irremplazables ya en las actuales líneas de investigación de la historia cultural urbana.

Referencias

Antelo Iglesias, Antonio (1997): “Estado de las cuestiones sobre algunos viajes y relatos de viajes por la Península Ibérica en el siglo XV. Caballeros y burgueses”. En García Guinea, Miguel Ángel (Dir). *Viajes y viajeros en la España Medieval*. Madrid, Fundación Santa María la Real, 37-58.

Baroja, Pío (2004): *Camino de perfección (pasión mística)*. Alianza, Madrid.

Blazquez, Antonio (1901): *Descripción de España por Abü Abd Allâh Muhammad al-Edrisi*. Madrid.

Bosarte, Isidoro (1978): *Viaje artístico a varios pueblos de España (1804)*. Madrid.

Cantalejo San Frutos, Rafael (1995): “Segovia: descripciones e impresiones”. *Estudios Segovianos*, XXXVI, nº 92.

Chaves Martín, M.A. (1998): *Arquitectura y Urbanismo en la ciudad de Segovia, 1750-1950*. Segovia, Cámara Oficial de la Propiedad Urbana.

Chaves Martín, M.A. (Dir.) (2011): *Fernando García Mercadal. Arquitectura y Fotografía. Una mirada al patrimonio arquitectónico de*

Segovia, 1929-1936. Universidad Complutense de Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Segovia. Salamanca.

Dozy, R. y Goeje, M.J. de (1866): *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*. París, E. Brill

Estebaranz, A. (2000): *Los Unturbe, fotografías de Segovia*. Junta de Castilla y León, Salamanca.

García Canclini, N. (1997): *Imaginario urbanos*. Eudeba, Buenos Aires.

García Mercadal, José. (1952): *Viaje de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, Aguilar. 3 vols.

García Mercadal, José (1999): *Viajeros extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta principios del siglo XX*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 6 vols.

García Simón, A. (1999): *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros. Siglos XV-XIX*. Salamanca, Junta de Castilla y León.

Gómez De La Serna, Ramón (1986): *El secreto del Acueducto*. Cátedra, Madrid, edición de Carolyn Richmond.

González, R. (1997): *Segovia en la fotografía del siglo XIX. Colección Juan Francisco Sáez*. Doblón, Salamanca.

Gorelik, Adrián (2004): *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana. Siglo XXI*, Buenos Aires.

Gutiérrez, A. – Argerich, I. (2006): *Segovia en tres tiempos. Fotografías de Laurent, Moreno y*

Loty (1856-1936). Fundación Mapfre, Instituto del Patrimonio Cultural de España, Madrid.

Gutiérrez Solana, José (1998): *La España Negra (1920)*. Reed. Facsímil La Veleta, Granada.

Madoz, Pascual (1984): *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. 1845-1850. Segovia (Vol. 6)*. Reed. facsímil Ámbito, Valladolid.

Martínez De Pisón, Eduardo (1976): *Segovia, evolución de un paisaje urbano*. Madrid, Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Miñano Bedoya, Sebastián (1827): *Diccionario geográfico estadístico de España y Portugal*. Vol. VIII, Madrid, 1827.

Palencia, Alfonso de (1975): *Crónica de Enrique IV*. Madrid. Atlas.

Ponz, Antonio (1988). *Viaje de España (1787)*: Aguilar, Madrid, tomo X, carta VIII “Segovia”.

Quadrado, José María (1977): *Recuerdos y bellezas de España. Segovia. (1865)*. Ed. Facsímil Caja Segovia, Segovia.

Rudolf, K. F. (2004): *Como una coqueta con un velo. Segovia hace 100 años*. Ayuntamiento de Segovia, Instituto Histórico Austríaco, Madrid.

Saavedra, Eduardo (1881): *La geografía del Idrisi*. Madrid

Cita de este artículo

Chaves Martín, M. A. (2012) El viaje y sus relatos. Una aproximación a la construcción de la imagen de la ciudad histórica. *Icono14* 10(2), 57-83, doi: [10.7195/ri14.v10i2.474](https://doi.org/10.7195/ri14.v10i2.474)

NOTAS

ⁱ El texto de Taine lo recoge José García Mercadal. *Viaje de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, 1952, vol. I, pp. 52.

ⁱⁱ La descripción de Al-Idrisi (Abu Abd Allah Muhammad al-Idrisi, 1100-1156), ha sido recogida entre otros por Dozi (1866), Saavedra (1881), Blázquez (1901) y García Mercadal (1999).

ⁱⁱⁱ *Idem*, pp. 267.

^{iv} Antonio de Lalaing desempeñaría un papel importante en los Países Bajos durante los primeros veinticinco años del reinado de Carlos V, después de haber formado parte de los oficiales de Felipe el Hermoso desde 1496 hasta su muerte. Sobre Lalaing y su relación de viaje ver García Mercadal (1952: 429-457).

^v Una noble dama del país fue en otro tiempo, en esta ciudad de Segovia, acusada de adulterio por su marido, por lo cual fue, por sentencia, arrojada desde lo alto de la roca abajo. Los jueces, bajando y creyéndola muerta, la encontraron lavándose las manos en la fuente que brotaba al pie de dicha roca, exenta de toda herida. Estos, sorprendidos del milagro, edificaron en aquel sitio una capilla en memoria de aquel hecho. La dama empleó el resto de su vida en limpiar la iglesia mayor y en servir a Dios, de tal modo que hace diariamente hermosos milagros. Y está enterrada bajo un altar, no canonizado, pero con una elevación de tres o cuatro pies. (García Mercadal, 1952: 456).

^{vi} Continúa Navagero el relato con una descripción mucho más precisa del Acueducto, lejos ya de las leyendas y mitos populares, como obra superior de la ingeniería romana y los criterios de composición clásicos, que abasteció de agua a la ciudad hasta finales del siglo XIX en que, una vez declarado Monumento Histórico-Artístico, se construyeron los depósitos de agua potable y sus consiguientes canalizaciones (Chaves, 1998: 181-182): *...trae el agua a lo alto de la ciudad, de cerca de una milla, y todavía surge a la parte de la ciudad que está rodeada de muros y a lo demás de la tierra; todo es de piedra suelta como el anfiteatro de Verona, al cual se parece mucho desde lejos por lo grueso de los pilares y lo alto de los arcos, habiendo en algunos sitios tres, uno sobre otro; al principio los arcos son pequeños y van levantándose a medida que la tierra baja, siendo altísimos donde hay una especie de valle, y allí los arcos se apoyan en pilares muy gruesos y anchos; creo que por allí pasaba el camino principal, porque en lo alto del acueducto hay dos huecos, uno a cada parte para sendas estatuas, una a un lado y otra a otro; también podrá ser que en los huecos de las estatuas estuvieran las sepulturas quizá de los que mandaron hacer el acueducto; ahora en el lugar de las estatuas han puesto santos; pero el acueducto está entero y sólo le faltan algunas piedras en la cima; por ninguna parte se ve cal ni mezcla alguna para unir las piedras: es de las cosas más notables de España, y por tal la tienen los españoles aunque éstos fundan su admiración en motivos absurdos, llamando al acueducto puente, y dicen "que es gran maravilla un puente que hay en Segovia, al revés de todos los demás, porque todos están hechos para que el agua pase por debajo y en éste pasa por encima". Para ver despacio el acueducto estuvimos un día en Segovia.*

^{vii} Una completa descripción en: Jorge Báez de Sepúlveda. Relación verdadera del recibimiento que hizo la ciudad de Segovia a la majestad de la reyna nuestra señora dona Anna de Austria, en su felicísimo casamiento que en la dicha ciudad se celebró. Alcalá de Henares, 1572. Edición conmemorativa del IV Centenario de la muerte de Felipe II, con estudios y notas de Sagrario López, Begoña Canosa y Fernando Collar de Cáceres. Fundación Juan de Borbón, Segovia, 1998. A la obra de Báez de Sepúlveda hay que sumar también la descripción hecha por Lamberto Wyts, uno de los miembros del séquito de la reina, que lo publicó en 1574, con especial atención al relato de las

fiestas, arcos de triunfo, inscripciones y demás elementos ornamentales que su dispusieron en los recorridos reales.

^{viii} Diario de la Relación del Viaje de Monseñor Camilo Borghese, auditor de la Rev. Cámara de Roma en España enviado a la Corte como Nuncio extraordinario del Papa Clemente VIII el año 1594 al Rey Felipe II (García Mercadal, 1952: 1481).

^{ix} Francisco Bertaut. Diario del viaje de España, hecho en el año 1659, en la ocasión del Tratado de la Paz. Recogido por García Mercadal (1952, vol. I, pp. 550-641).

^x Etienne de Silhouette. “Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia. Del 22 de abril de 1729 al 6 de febrero de 1730”. En García Mercadal, 1952, vol. III, pp. 186.

^{xi} Castas manuscritas conservadas en el Archivo General Militar (Segovia) publicadas por María Dolores Herrero Fernández Quesada. *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*. Segovia, 1990, pp. 227-229.

^{xii} Sobre fotografías y fotografía en Segovia durante los siglos XIX y XX ver: Estebananz (2000); González (1997); Rudolf (2004); Gutiérrez – Argerich (2006); Chaves (2011).

^{xiii} Sobre esta incierta ubicación de la arquitectura medieval por parte de algunos estudiosos del siglo XIX ver J. A. Ruiz Hernando. “La arquitectura medieval en Segovia”. *Segovia, 1088-1988. Congreso de Historia de la Ciudad*. Actas, Segovia, 1991, pp. 129-132.

^{xiv} El historiador a quien se refiere Quadrado en su texto es Diego de Colmenares, quien utiliza ese símil para describir la ciudad en su obra *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla*, del año 1637, cap. XLIV, párrafo 3º. La última comparación que cita Quadrado es una cita textual de la carta que le envía su amigo el Marqués del Arco desde la propia ciudad.

^{xv} El texto del general Santiago lo recoge Rafael Cantalejo (1995: 263) y la cita del viajero del año 1849 Martínez de Pisón (1976: 216).